



Dib. BARBERO.—Madrid.

- Si no le molesta a la señorita cada vez que la nombre la daré el tratamiento de señora marquesa.
- ¡Pero si yo no soy noble!
- No importa. A la señorita no le perjudica eso, y a mí me dará cierta importancia.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5.20 pesetas
Semestre (26 —).....	10.40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12.40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6.50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41. ANTONIO LÓPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

MADRID

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por DIEGO MARSILLA

CUPÓN

correspondiente al núm. 180 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

8.—Eres turco... y no te creo.

A S T R O

SACERDOTE MAHOMETANO

ORIENTE 50

ESTUPENDO

9.—Frase popular... sin ortografía.

PUEBLO CASTELLANO-MUZA-VASITA



SOMBREROS

BRAVE

C · MONTERA · 6

10.—Charada.

—¿Has visto qué *prima cuarta* ha estado esta *prima segunda tercera, segunda cuarta*?

—Es que anda ideando el lanzar un nuevo *todo* y no sabe cómo.

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de mayo.

11.—Charada.

—Que *cuarta prima* es la vida. *Cuarta prima y prin a segunda, que es peor*

—Y eso *tercera cuarta* dices tú, que es *segunda segunda* la vez que no la tomas en *prima* tres *cuarta*.

Claro, como que según tú, para mí es un *todo*.

12.—De Palacio.

Azof a K

13.—Pájaro.

M. a. no

En esta época es cuando no debe
usted olvidar tener en su casa los
famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la destrucción de toda clase de insectos



UNA
PESETA
EN TODA ESPAÑA

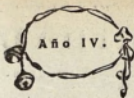


**Cuando se afeita
cambia Ud. de expresión**

y mejora notablemente su aspecto
personal. Afeítese a diario, usando la

Barrita Gal para la barba

Facilita y abrevia la operación del
afeitado. -- La abundante espuma
que forma en el acto, permite que
la hoja se deslice sobre la piel su-
ave, segura y rápidamente. Com-
pre Ud. hoy mismo una barrita
de jabón Gal en la primera perfu-
mería o droguería que encuentre.



ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS



En la guerra de Crimea fallcieron contra su voluntad, en un combate cruel e innecesario, cuatro miembros de la nobilísima familia de Mackleburgo Gotha.

Algunos cronistas apuntan el detalle de que aquel día hizo un sol espléndido; pero por lo que acaban ustedes de leer, es indiscutible que cayeron cuatro Gothas.

Antes se tenía por absurdo el hecho de que un burro volase.

Hoy han variado mucho las cosas; pues anteyer mismo subió en un aeroplano, en calidad de pasajero, un gachó del arpa que no sabe leer ni escribir y que dice *haiga*, o lo que es lo mismo: que no sabe hablar tampoco.

Y semejante burro estuvo volando lo menos dos horas y cuarto.

Wifredo el Velloso tenía la costumbre de no dar propina a los peluqueros.

Esto antia a la vista, porque de habérsela dado, le habrían servido con más eficacia y hubiese pasado a la Historia con el nombre de Wifredo únicamente.

El susto más grande del mundo se lo llevó un extranjero caprichoso, que quiso mirar con una lupa las fosas nasales de Sánchez Toca.

Y el pobre hombre creyó que el mundo se le venía encima.

Hay en Chicago un manicomio modelo, que posee, un

reloj de torre estupendo y tan artístico que da la hora aunque no sea hora de darla.

Y lo raro es que uno de los dementes del establecimiento es el encargado de dar cuerda al reloj.

Nos extraña de un modo espantoso que, contagiada por el loco, la cuerda no haya dejado de ser cuerda a estas fechas y no se haya vuelto mochaes también.

Hay un procedimiento novísimo y sorprendente de adquirir unas cuantas

tortas de Alcázar, en el propio Alcázar y sin pagar un céntimo por ellas.

Consiste en asomarse a la ventanilla al llegar al susodicho Alcázar e insultar gravemente a cualquier mozo de estación que pase a la vera del vergón en donde uno vaya.

Y que el mozo sube al coche y le proporcione a uno las tortas consiguientes, con escandalosa abundancia, es un hecho que nadie osando poner en duda.

Todavía no nos hemos explicado por qué razón cuando un honrado tenor emite un grito, en uso de un perfectísimo derecho constitucional, le gritan desde el Paraíso y hasta le motejan de descender de familia intoble y repugnante.

¡Es absurdo y es injusto que sea precisamente en el gallinero donde se rechacen los gallos con más furia!

¡Y mucho más absurdo cuando son pollos los que vociferan, pues eso denota un poquísimo respeto a los deberes filiales, cosa que yo, y supongo que ustedes, debemos criticar con lo más hercúleo de nuestras fuerzas!

Es una inexactitud lingüística el llamar a los jorobados, *cargados de espaldas*.

Digamos *cargados de ser jorobados* y habremos dicho la verdad pura y escueta.

Lo otro son ganas de jorobar todavía un poco más a los pacientes.

NÉSTOR O. LOPE



Dib. SILENO.—Madrid.

EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

El bueno de D. Cosme Manen había hecho toda su carrera administrativa paso a paso y sin deber al favoritismo y a la ayuda ni los diez céntimos del se lo que se le fijaba en su nómina. Creía que el Estado se daba por la cuenta del excelente modo con que prestaba sus servicios, y él se sentía, sirviendo al Estado, más satisfecho que si se estuviera atracando de paella todo el día.

Para el desempeño de su cargo era más ordenancista que el presidente de una corrida de toros, cuya misión más importante desde que toma asiento en el palco, es contar los puyazos, los pares de banderillas, los minutos que invierte el espada en dar muerte a su enemigo y aplicar un reglamento que confeccionaron sabios verones, muy preocupados de estas cosas. D. Cosme, si le fuera posible, también andaría siempre con el reloj de bolsillo en la mano—el de pared le sería un poco difícil—para investigar si el ordenanza tardaba siete u ocho minutos en traer un vaso de agua o si el auxiliar empleaba más de media hora en leerse un expediente, y no decimos en estudiar-

lo, porque eso de estudiar no entraba en sus principios.

Un buen día D. Cosme fué ascendido, otorgándole en su nuevo cargo una autoridad grande y un lugar para el fiel cumplimiento de sus deberes enorme. Su destino era en una provincia, pequeña, pero honrada y hasta húmeda, cosa que no desagradó al nuevo jefe—no lo de la humedad, pues no pensaba poner fienda de chanclos de goma, sino lo de la pequeñez—, pensando que más vale ser cabeza de ratón que cola de león, sentencia atribuida por unos a Sesostris y por otros a José Redondo, el Chiclanero. Ello fué que dejando aparte la cabeza del roedor y la cola del felino, D. Cosme marchó satisfecho a su insula, después de recibir las últimas instrucciones de sus más altos jefes.

—Sobre todo, amigo Manen, no olvide de mantener el principio de autoridad. Esto es todo, y ahora que va a ejercerla, cuídela como si fuese hija propia.

—¿El principio de autoridad? descuiden, que sabré mantenerle.

Allá se fué Manen, dispuesto a cumplir fielmente sus deberes y a que el principio de autoridad se pusiera gordo y vellizo por lo bien mantenido que había de estar, pero, ¡ay!, no contó con lo espinoso de su nuevo cargo. Era éste, más que cargo, carga que atraía sobre D. Cosme un trabajo tremendo, sin dejarle apenas tiempo para sonarse a su gusto en los días de grandes constipados. Era fatigado, pero apenas pontase a la mesa, al mediodía, dispuesto a buscar en la alimentación el placer que le compensara del ajeteo y trabajo continuo, cuando un aviso inoportuno obligábase a fírrer la servilleta sobre el plato y a marchar para resolver el asunto.

Parecía una maldición hecha realidad. No bien D. Cosme se había llevado a la boca las últimas porciones del cocido, plato nacional del que no podía prescindir un buen empleado del Estado, cuando surgía el llamamiento, quedando el principio para los demás comensales. Así un día y otro y otro, durante los dos meses que ya llevaba el probo y celoso empleado en aquella población sin haber conseguido pasar del cocido, cosa que comenzaba a cabrearle largamente.

—Si es hombre, puede pasar, dijo parodiando al Tenorio; pero bien convencido se hallaba de que en aquella frustración de su alimentación no entraba para nada la chirigota.

Mas como hombre celoso de su cargo, no pensó jamás en que podría mandar a freír espárragos—o a otra ocupación parecida a los que vinieran a interrumpirle durante la comida, y siguió resignándose a no pesar del cocido, hasta que otro buen día, como el de su nombramiento, decidió dimitir el cargo y reintegrarse a la obscuridad de su oficina madrileña.

Dicho y hecho, a Madrid se vino y ante sus jefes hubo de presentarse.

—Pero, amigo Manen, ¿cómo es que dimites usted? ¿Es que no se encuentra con fuerzas suficientes para mantener el principio de autoridad?

—Dígame, ¿la autoridad era yo, verdad?

—Indudable.

—Pues bien, mi autoridad no podía mantener el principio, porque le interrumpían al cocido, y si sigo allí como autoridad y como particular, perezo. ¿Mantener el principio? No lo he conseguido ni un sólo día. Cuando la ley diga que lo que hay que mantener es el cocido de autoridad, volveré a mi cargo. Y renunciando a aque lo de la cabeza de ratón, se pegó a la cola y arriado a la cola sigue, hasta que Dios sea servidor de disponer otra cosa.

A. R. BONNAT



Dib.
RUBIO
Madrid.

EL CIEGO.—Siempre te veo de mal humor; ¿qué días estas contento?

EL MUDO.—¡Los sábados; que me traen la muda!



G. G.

FUTBOL DEL REGIMIENTO

—¿Qué tal, cabo Pérez, qué tal el nuevo jugador?

—No está mal, mi teniente; yo he metido cuatro goles y él ha hecho el quinto...

Dib. G. G. —Madrid.

NO ES FORZOSO EL REIR

¡Cosa más peregrinal...

¿Cómo un éxito *bien* se compagina con la entraña y ruidosa indignación del público de cierta población?

¿Conque rió la gente

porque le satisfizo

la comedia estrenada últimamente

de Perico Muñoz, y es evidente

que la aplaudió, y lo hizo indignándose al par, a voz en cuello contra el pobre urdidor de todo aquello?

Pues, o yo entiendo poco de estas cosas, lector, o es que estoy loco.

Y no lo digo, es claro,

por encontrar muy raro

caso tal; no, señor, pues estoy viendo en Madrid algo así con gran frecuencia y, en mis cortos alcances, no lo entiendo y me quedo a la luna de Valencia.

O la obra tiene gracia, o no la tiene.

¿Que no? Pues ¿a qué viene reírse de una cosa cuando es cosa?

Reírse sin motivo solo es cosa

de bobos. Mas se ríen (hay que verlo!)

¡y lo niegan, en vez de agradecerlo!

—¿Por qué te ríes tanto, amigo Checa?—

pregunto a mi vecino de butaca,

que pone a Muñi'n Seca

a la altura, lector, de la enoinaca.

Y el hipócrita socio me responde:

—No es de esto, es que me acuerdo de una cosa

realmente muy chistosa

que ocurrió no sé cuándo en no sé dónde—.

Lo que digo no más es esta cosa:

Si ves una comedia y no es graciosa,

no te rías, por Dios, mucho ni poco;

mas si de ella te ríes como un loco

y algún mérito tiene hacer reír

Ahora bien; ¿brotan sólo tonterías

en boca del actor?

Pues insisto en lo dicho: ¡no te rías,

no te rías en tanto, por favor!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



ECOS DE SOCIEDAD

Dib. López Russo.—Madrid.

—Solemne recepción en la Academia de Ciencias ocultas, para recibir a Hilario Picatoste (a) El Académico.

EL DRAMA DE BALBINO GIL

El lugar de la escena se sitúa en el portal de la casa de Amparo, madrileña de veinte años, rubia, apasionada por el cine y por los actores del arte mudo; esbelta, agradable de rostro, viva de ademanes y de dichos; con la falda a media pierna para lucir medias carvas y zapalito de «ultima».

Agitando la cabeza con la coquetería de descubrir su media melena al estilo merovingio a las miradas distraídas de muchos hombres, con un pueril enfado que se traduce en apretamiento de entreciejos y en avanzar los labios gorduzuelos convertidos en morrito delicioso, Amparo, en esta noche invernal, mientras tritura entre sus manecillas las cortezas de «diez de castañas», plantea a Balbino, su novio, «la cuestión de confianza».

—Así no podemos seguir. Es preciso que hables a mamá.

—¿A tu madre? Eso, no. Yo no hablo con tu madre; me inspira terror.

—¿Mamá? Pobrecilla, si es de manteca.

—Será de chantilly si quieres; pero tu padre lleva siempre arañazos muy significativos.

—Eso es de cuando se afeita por la mañana.

—Pídemle lo que quieras, nena; pero ese sacrificio ¡no!

—¿Sacrificio el decir a mamá que estás dispuesto a casarte?

—Es que... Ya se enterará tu madre cuando tú se lo digas.

Amparo se enfada y amenaza con romper, aquella noche misma, las relaciones.

Balbino Gil tímido hasta la cobardía y enamorado de su novia hasta la boda sufre la más terrible de las torturas. Su insignificancia moral se halla en pugna con su espíritu de sacrificio. El no sabe luchar y sin embargo presiente que por esta vez le será imposible sustraerse a la lucha.

La amenaza de Amparo se va a cumplir. Aquella firme criatura no promete

a humo de pajas, con singular entereza; cumple siempre su palabra y esta vez...

—¿No hay otro remedio?

—No.

Fués un no seco, sí; pero expresivo... Comenzó otra nueva lucha para decidir el lugar de la entrevista. En casa... ¡no! En el paseo... Se resistía a ir por la calle junto a aquella nueva Parca, capaz de darle la bronca al más varonil. Por fin, se eligió para la entrevista un cine. Así, en la obscuridad, él se atrevía a hablar, siempre teniendo a su Amparo entre la presunta suegra y él.

—¿Mañana?

—Mañana a las seis en el Real Cinema.

—Mira, eso me anima —suspiró Balbino—. Mientras contemplamos las hazañas de Diego Corrientes le comunico a tu madre nuestro propósito. ¡Que Dios me coja confesado!

II

A las seis y media Balbino llegó a la taquilla y preguntó si ya habían re-

cogido las localidades que él dejase apartadas dos horas antes. La respuesta fue afirmativa.

«Con la muerte en el alma», penetró en la sala del cine. Había comenzado la proyección. La obscuridad era inmensísima. A pesar de las lucecitas rojas supletorias no se distinguía ni la figura de la persona en contacto por la vecindad de la butaca. En la pantalla Pepe Romeu, reencarnando al *ilustre bandido* andaluz, hacía fechorías «de las su as».

Al sentarse Balbino en la butaca que el acomodador le indicaba percibió aliento de mujer.

—¿Hace mucho que has venido? —fue el saludo del pobre Gil que iba moralmente derrotado.

—Un ratito —le respondió la voz en tono no mor.

—¿Me esperabas?

—Sí.

—¿Habrás... bronca?

—No, hombre. ¿Por qué?

Temblando, tomó la mano de su vecinita y la besó apasionado tres o cuatro veces.

—Nena...

—¿Qué?

—Yo no me atrevo a hablar aún.

—Pues no hablas.

—Dame tu mano.

—Tómala.

—Cuánto te quiero, nena —dijo Balbino dirigiéndose a su novia.

En aquellos instantes terminaba la tercera parte de la primera jornada de «Diego Corrientes».

Lentamente fueron saliendo de aquella obscuridad objetos y personas.

—Ahora tengo que hablar con la madre —pensó Gil— Todavía quiso buscar un pretexto para no hacerlo.

—Mira, nena...

No pudo seguir. La voz se le anudó no sabe dónde y sólo exhaló un gemido.

—¿Qué te pasa? —le dijo dulce mente el as.

Unos ojos le miraban «enternecidos». Pero estos ojos no eran los de su Amparo, que turbada e inquieta no acababa de darse cuenta de la situación. Quien enternecida le miraba; quien le acariciaba con la voz y había aceptado complacida y lúbrica sus amorosas atenciones, era la madre de Amparo, su *presenta* suegra!...

Balbino tenía —ahora, sí— la muerte en el alma. No supo o no pudo disculparse. Amparo no comprendía...

La conversación —pues al fin, hablaron— se derivó hacia la legendaria figura del bandolero andaluz.

Cuando sonó de nuevo el timbre y las sombras empezaron a invadir otra

vez la sala del cine, mientras las gentes atendían ávidas a la prosecución de la vida del «adón de caminos» que se llamó Don Diego y vivió de noche, Balbino auyó de aquel sitio. En la huida le pareció aun oír aquella voz que le musitaba:

—Vé a casa mañana.

Pero él no respondió. Salíó a la calle con ansia y deseo de respirar. Tenía la nuez que le parecía un melón.

La caricia fría de la noche en la plaza de Isabel II le serenó un poco. ¿Qué hacer?...

Pensando en los incidentes de la noche se le despertó un hambre voraz. La indecisión fbase trocando en amargura, dolor. Escocíanle los labios que pusiera sobre la gordazuela mano de la suegra. A distancia se agrandaba la importancia de lo sucedido.

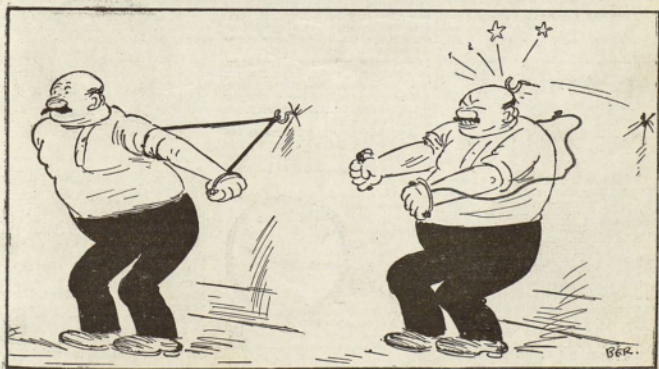
—¿Iré mañana? No. Ya no es posible volver. Sin embargo... ¿iré?

Pasaba ante un café de la Puerta del Sol. Desesperado resolvió penetrar en aquel recinto lleno de luces, de espejos y de ratas que ballaban una zarabanda sin respecto a los parroquianos...

Con el aire alelado, de resignación, del hombre que tiene una sombra dramática que le persigue, llamó al camarero y con un hilo de voz susurró:

—Tráigame café con media.

EDUARDO M. DEL PORTILLO



GINNASIA CASERA

Dib. BERGSTRÖM.—París.

RAMONISMO

MÁS DE LOS RELOJES

Yo siempre estoy meditando ante los relojes como si fuesen brújulas de mi derrotero.

Conozco muy bien el ruido de guardias suizos que tienen los grandes relojes de caja y el ruido de pasamanería de los relojes despertadores.

Los relojes se mueven a mi vista ya con verdadera confianza. Eso que es como ver crecer la yerba y que es tan difícil apreciar en los relojes, lo aprecio yo segundo a segundo viendo como las manillas andan.

No se me pasa el mal paso que da el reloj adelantándose o atrasando en cierto momento y muchas veces los relojes que lo saben aprovechan que yo vuelva la cabeza para cometer la diablura de su atraso o de su adelanto.

Se cuando es el reloj el que está enfermo o cuando es que la hora que pasa por él es la que no es una hora buena.

El reloj tiene impaciencias propias.



Cuando yo tardo en volver a casa y la luz del despacho me da en la clara pupila, me le encuentro inquieto, adelantando a ojos vistos, como si anduviese precipitadamente de un lado a otro de la habitación.

El reloj tiene disimulos cuando es muy tarde y se ladea, se oculta detrás del brillo de su cristal y al mirarlo ¡ay!, ¡si son ya las cinco de la mañana!

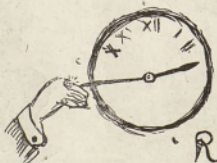
Hay días en que no se sabe cómo se las arregla para estar en sombra todo el día. Un telo de tiempo le debe encubrir, pero es el caso que no se puede observar su hora.

Hay relojes que se odian, que no pueden vivir juntos, que se niegan como gallos. Hay que separarlos.

A las diez y diez, las horas tienen algo de directoras de orquesta y no

solamente a esa hora precisa, sino a todas tiene el reloj algo de director de orquesta del tiempo. ¿Por dónde se despeñaría sin relojes? ¿A qué actos de indisciplina y disonancia se lanzaría? Antes de haber relojes, las horas eran más o menos cortas, según le pareciera al día, y había mañanas que se dormían en la siesta de su medio día. Si pensamos con nuestra inconsciencia característica (sic), en la edad prehistórica, entrevemos que la caracteriza unos días muy largos y desiguales, a los que les crecían las barbas en la indeterminación.

Los relojes de una sola manilla larga como una flecha, siempre están buscando su otra manilla. La flecha solitaria va tanteando a ciegas y hacien-



do su camino en derredor, con la esperanza de encontrar al minutero perdido. El reloj de la plaza de la Arme-

ría, o sea el reloj del rey, es así y quiere decir que al rey no le hacen falta los minutos; pues los desdenta porque son como los centimillos del tiempo. En Palacio sólo interesan las horas que son históricas.

Hay unos relojes que se envían y se adelantan. Nadie sabe lo provechoso que eso es. Son relojes que fomentan la puntualidad del que los posee con su falta de puntualidad.

Cada persona tiene una hora que le sorprende siempre, llegando con sigilo y siendo antes de que pudiese presumirlo. Yo todas las noches me sorprende de haber llegado tan pronto a las doce y diez.

Los relojes con segundo son relojes nerviosos, y para que uno se tome el pulso a sí mismo suicidamente. Los relojes con segundo hacen cosas que al tiempo.

Hay una hora—las tres menos cuatro—en que el reloj se atusa ostentosa-



mente sus largos bigotes de guías puntiguadas.

A las seis en punto, el reloj se pone de pie, logra su mayor despezo, el despezo y la supinencia que en vano intenta a las doce y media, pues aun que se aproxima a esa hora, no logra ya la perpendicularidad.

Al pensar en lo que se llama última hora se ve un reloj con algo nichal en que las manillas han caído en el fondo de su cristal convexo.

Todas las horas tienen un momento en que las manillas se reúnen en un cierre de tijera, con un corte rápido que le corta al tiempo un mechón.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor)

LOS PEQUEÑOS INVENTOS

Así como los grandes diarios consagran sus columnas a los inventores geniales únicamente, y sólo se conmemoran cuando se inventa la telegrafía sin hilos, la navegación a vapor y las máquinas para hacer chocolates de Matías López, Buen Humor ha tenido por conveniente adoptar una resolución que le honra: la de ocuparse de los inventos pequeños, teniendo en cuenta que si son pequeños hoy, quizás mañana crecerán y se harán merecedores de respeto y consideración, aparte de que, aunque sean pequeños siempre, no dejan de tener su importancia y utilidad, además del derecho indiscutible que pueden alegar para que no se les deje pasar en un silencio de muerte.

En efecto, el invento pequeño suele muchas veces tener una transcendencia que no alcanza el grande. Como ejemplo de este aserto, citaremos el caso de un invento gigantesco que se hubiese tenido que festinar a no ser por la ayuda de un invento completamente minúsculo. Nos referimos al ferrocarril metropolitano, subterráneo y anticarilisco que decora actualmente la mayoría de las capitales europeas. Es indiscutible que el invento es de los de órdago y que ha venido a llenar un vacío (el del túnel que lo cobija amoroso), además de llenarnos de admiración a sus paisanos y contemporáneos. Pues bien: esta formidable invención no habría tenido eficacia alguna, si no se hubiese inventado al mismo tiempo una pequeña estupidez a la que nadie parece conceder importancia: el pito de metal que usan los encargados de los coches. ¿Me quieren ustedes decir, si no existiera ese pito, cuándo ni cómo se pondrían los trenes en marcha? ¿No es cierto que ese pito es el que nos avisa que ya no podemos aspirar a ingresar en el convoy y que si lo pretendemos moriremos aplastados como chinchies; y si no como chinchies, porque las chinchies no viajan en Metro, aplastados como otro animal que se aplaste con facilidad?... ¿Cuántas catástrofes no ha evitado ese pito? ¿Qué servicio no se lleva con regularidad, cuando funciona idóneamente ese pito? ¿Y qué pasaría en el tráfico si no se hubiese inventado el pito, repito?... En suma: que en la marcha del Metro, lo que importa es el pito, y el que diga o insinúe que no importa el pito o que el pito no le importa un pito, es un desagradecido soberbio que no merece el aprecio de sus concomitantes y conciudadanos.

Estimamos, por consiguiente, que está más claro que un día de primavera que no esté obscuro, que los inventos nimios tienen la misma, si no mayor, importancia que los inventos pistosudisimos y que Buen Humor realiza una buena obra contribuyendo a la di-

vulgación de los indicados y hasta hoy inenapreciables inventillos.

Consentes de esta mífida verdad, ¡inauguramos hoy esta sección, en la que cobijaremos con nuestro manto protector toda clase de inventos modestos, cuyos autores tengan la amabilidad de ponerlos en nuestro conocimiento. Por escasa que parezca su importancia, por idiota que creamos que resulte adoptarlos, por risible que estimemos el aparato o la cabeza de donde se lo han sacado, aquí figurarán todos y desde aquí recomendaremos furiosamente su uso a nuestros queridísimos lectores.

Empezaremos, pues, por mencionar los primeros pequeños inventos que han solicitado nuestra pública aprobación y que son los siguientes:

Cadena para que no le roben a uno el reloj.

Sabida es la gran afición que los ladrones tienen a quedarse con los cronómetros de los demás. Los roban a todas horas y hasta parados. Los roban sean de oro o sean de otro metal menos excelso y brillantado. Los roban tengan bueno o mal empeño, sean



Dib. GARBÁN. - "A"rid.

—¡Yo me sentaría a tomar un café... pero desde que tuve una indigestión tengo mucho miedo a los asientos!...

Longines o simples patatas, vayan con la Puerta del Sol o vayan solos. El enemigo principal del reloj es la cadena. Así como por el hilo se saca el ovillo, por la cadena se saca el reloj. El ladrón tira de la cadena y la porquería queda consumada.

Un ilustre inventor, don Crisanto Minuto, observando esta plaga social, ha tenido la feliz idea de discurrir una cadena con la cual es imposible que los ladrones se incauten de un solo momento. Se trata de una cadena de *plaque*, con incrustaciones de nácar y adornos de cuerno quemado, de unos siete centímetros de largo. De esos siete, cuelgan seis fuera del bolsillo, que son los centímetros que ve el ladrón. Este, espoleado por la codicia, alarga su mano hacia la cadena y tira de ella con la habilidad que no tenemos más remedio que reconocer a todos los del oficio. Pero el resultado es nulo. Con gran estupefacción del caco, la cadena sale del bolsillo sin el reloj ambicionado, y el miserable facineroso queda chasqueado y hecho la cusca reverenda, si no queda lloroso y decidido al más ejemplar arrepentimiento.

Debemos hacer una observación: para que el ladrón saque la cadena sin el reloj, es absolutamente necesario que el reloj no esté en el bolsillo sino en la mesa de noche de su duño o en el cajón de un armario. El inventor de esta cadena no ha tenido más idea que la de burlar a los ladrones llevando una cadena de la que no punda ningún reloj. Ahora bien: si a la susodicha cadena se la pone el cronómetro correspondiente, entonces no hemos dicho nada. Le roban a usted las dos cosas y tan amigos como antes.

Sistema racional para saber si el pan tiene el peso exacto.

Este magnífico invento es debido al joven estudiante de Matemáticas Facundo Larregla y Cuadrado. Hasta el momento presente no había habido manera de saber si el panecillo ingerido tenía o no (seguramente no) los gramos abonados escrupulosamente al tahonero. De hoy en adelante, no les podrá caer ya la más mínima duda a los consumidores del preciado manjar. El sistema para averiguar el peso, está basado en el cálculo y es imposible que falle, a pesar de su aparente sencillez. Larregla y Cuadrado, por veinticinco céntimos, les vende a ustedes un curioso folleto en el que está explicada la razón científica de su descubrimiento. Prescindiremos aquí de la parte técnica y diremos tan sólo en lo que consiste el curioso método para averiguar el peso exacto del pan, y que es el que sigue:

Usted (si tiene gana, porque si le falta el apetito consiguiente, no es fácil que lo haga) adquiere un panecillo de esos que llaman malos no sabemos por qué, pues cada vez están menos malos y así seguiremos hasta el fin del mundo. Pero, en fin, divagaciones aparte, adquiere usted el panecillo. Surge la duda al adquirirlo: ¿esto tendrá su peso o será algo sutil e ingrático como el éter transparente o como la onda heriziana?... Pues nada más fácil que salir de la horrible incertidumbre. Usted lo primero que hace, antes de tragarle al panecillo, es buscar una báscula automática, echar diez céntimos en ella y pesarse concienzudamente. Anota usted el peso en una libreta (que no sea

comestible, como ya comprenderá) y seguidamente se atiza usted el panecillo sin tirar ni una migaja. Y una vez comido el indicado ingrediente vuelve usted a arrojar otros diez céntimos en la susodicha báscula y torna usted a pesarse. Es indudable y diáfano que la diferencia de peso es la que corresponderá al panecillo y que los gramos que le falten, los registrará la báscula con su acostumbrada formalidad y decencia. ¿Ven ustedes qué cosa más formidable y menos pesada, a pesar de lo pesada que tiene que ser para que resulte eficaz?

El único inconveniente que vemos al sistema es que el folleto vale un real, veinte céntimos las dos operaciones de la báscula, que con los diez que cobran por el panecillo hacen que cueste cero cincuenta y cinco el hecho vulgar y facilísimo de embalsamar un vil cene que, por lo cual suponemos que la gente preferirá que la sigan defraudando antes que comprobar el fraude de la manera indicada.

Pero esto no amonora ni un indeciso-oso ápice el mérito enorme del sabio matemático Larregla y Cuadrado, al que enviamos nuestra más específica felicitación por su maravilloso estudio del problema.

Paraguas de luto.

Mucho se ha estudiado este asunto tan arduo, sin encontrarle la solución. El hecho de ser los paraguas, en su totalidad, negros como la esposa de Abd-el Krim (o negros como la mora, para que me entiendan ustedes mejor) hace, junto menos que imposible el determinar cuál podía ser de luto, cuál de alivio y cuál de regocijo y calcañante. Sin embargo, era necesario que los individuos atribulados por una pérdida familiar, pudieran ostentar su luto riguroso en los días de lluvia, sin que cupiera duda alguna acerca de su triste situación. Y de aquí nació la idea de los paraguas de luto que, como verán ustedes, ha plasmado en dos estupendos inventos, ambos recomendabilísimos.

Dos fabricantes, en efecto, disputan la gloria de haber hallado una manera de hacer paraguas luctuosos. Y para que nuestros lectores juzguen cuál es la más ingeniosa y feliz de las dos, vamos a exponer sucintamente en lo que consisten ambos procedimientos.

El primero es de un madrileño, dueño de la famosa paraguitería *La paraguitería*. Este señor ha construido un paraguas que es en un todo parecido al papel de escribir que usan los viudos y los huérfanos: blanco en su mayor parte y con una franja negra en toda la extensión del borde de la tela. Hace precioso cuando hace mal tiempo y sólo cuesta diez pesetas.

En competencia con éste, un fabricante catalán ha ideado otro paraguas,



Dib. SHAM.—Madrid.

—Además del biftek ¿quiere algo el señor?
—Sí, ¿qué desinfectante tiene?

pero totalmente negro como de cos-
tumbre. El detalle más interesante está
en el puño que en vez de ser de asta, es de
media asta, lo cual ya empieza a dar a
la cosa el carácter fánebre que le con-
viene. No obstante, y como lo del asta
podía pasar inadvertido, el inventor ha
añadido a este detalle otro más defini-
tivo: este paraguas es precisamente los
días de lluvia cuando no debe abrirse.
Los transeúntes, maravillados, mirarán
todos al dueño del artefacto, como du-
dando de su razón al ver que se deja
caer, llevando con qué librarse de la
lluvia. Y al fijarse en el paraguas, ob-
servarán un letrero que pende del
puño, y en el que dice en grandes let-
ras: *cerrado por defunción*.

Y nadie, por necio que sea, dejará de
comprender que aquello es un para-
guas de luto, mucho más riguroso que
el tiempo que está haciendo en aquel
momento.

ERNESTO POLO

¡HAY QUE VER!...

(Cuento marrano)

En un lugar de la Mancha,
cuyo nombre no recuerdo,
se conserva una leyenda
que tiene brisas de cuento.
Aseguran las comadres,
que antiguamente ese pueblo
le cercaba una muralla
con sus portones de hierro,
su gran puente levadizo,
foso y castillo roquero;
y cuentan, que cierto día
llegaron dos caballeros
jineces en dos trotones
que corrían más que el viento
y por encima del muro
les enviaron un pliego
que decía: «Al castellano
que guarda el fuerte, requiero
para que rinda la plaza
al gran Emir de Toledo,
y en caso de resistencia
por Mahoma le prometo,
que asalto la fortaleza,
al castillo prendo fuego,
y autorizo a mis vasallos
para que entren al saqueo».

Alarmose el castellano
del bravo requerimiento,
y según esa costumbre,
mandó tocar al concejo,
y en sala capitular
nobles, clérigos y pueblo
después de deliberar
adoptaron el acuerdo
de luchar como españoles
y morir como manchegos.

A la mañana siguiente
llegaron muchos guerreros
haciendo sonar las trompas,
los atabales, los cuernos,

las bocinas, añafles
y otros varios instrumentos
con que anunciarse solían
los soldados agarenos,
y muy cerca de la plaza
tendieron su campamento
organizaron las fuerzas
y establecieron el cerco
comenzando la pelea
que duró días enteros;
pero viendo el sitiador
lo vano de sus esfuerzos
y pensando que en la plaza
faltarían alimentos
mandó traer a los prados
una manada de cerdos.

Al ver esto los sitiados,
en vez de acudir al cebo
que tendía el sitiador,
tuvieron el gran acierto
de colgar una cochina

que dió sus quejas al cierzo
protestando con gruñidos
de tal falta de respeto.

Al oír la los marranos,
dolidos de sus lamentos,
aba donaron los prados
y hacia la plaza corrieron.
y hallando tendido el puente
en la plaza se metieron.

Sorprendidos los guardianes
trataron de de enlerlos
pero al elevarse el puente
resultó inútil su intento.

Y cuentan, que en las almenas
apareció un gran leirero
que decía en letra goda:
«Que pasen solo los cerdos».
¡Hay que ver que marranados
hacían antes los pueblos!

BALDOMERO IMÉRAGA



Dib. CIBNEROS. —Meurid.

—¡Esto es horrible! ¡Qué manera de sudar!
—No tiene nada de particular, cuente usted que estamos atravesando
el Sudán...

BAMBALINAS DIABLAS Y TRASTOS

"Son mis amores reales...
letra de Joaquín Dicenta,
música de José Romeu.

El compañero Dicenta nos ha colocado un drama que si no marra la cuenta le ha de dar dinero y fama, a juzgar por lo que aclama la gente que lo frecuenta.

Al verse fuera de cuenta y ver el Teatro del Centro el compañero Dicenta exclamó: «¡Me meto dentro! En el astracán no encuentro lo que se dice mi centro y eso no me tiene cuenta.

Que es grande el tanto por ciento de escribir el esperpento primero que se presenta;

pero eso a mí me revienta, lo digo como lo siento; y hay que tener muy en cuenta que yo en este mundo intento honrar en todo momento un nombre: Joaquín Dicenta.»

Y al hallar al comediante ruiseñor José Romeu, desatocándose el chapeu exclamó: «¡Voto va a Dios! ¿se pué pasar?»—Y Romeu ruiseñoréó: ¡Adelante!

Y uno explicando de amores y otro haciendo el ruiseñor y presumiendo, lector, como cien mil ruiseñores (Ay Don José, Don José ¡qué coqueto que es usté!) (Verdad es que el buen señor diz que es un conquistador)



SRTA. MARIA FONTALBA, EN LA MUJER CHIC



SRTA. CARMEN DE GRANADA,
EN LA MUJER CHIC

nos inundaron de flores
en un drama en verso que
vitorearon con fe
todos los espectadores,

Y nada más. Pero sin verso, para que no se figuren que ha sido obligación del consonante, (aunque así puede que también se figure alguien que no he sabido decirlo en verso; pero eso no es deshonra; gracias que se puedan decir las cosas de algún modo): en prosa, digo, quiero acon-

sejarias a que vayan a ver la obra, porque en ella, a más de los méritos literarios, hay dos enseñanzas provechosas. Una la de que el buen Conde de Villamediana tenía una conducta de lo más villamediano que se concibe; pues enamorarse, recibir un favor y comenzar a contarle era todo uno; detalle histórico que al ser recordado ahora por Dicenta, nos recuerda o nos explica el por qué reciben nombre idéntico cortesanos y cortesanas. La otra enseñanza, de más consideración, es la que pudiéramos llamar castigo de muerte al mal retruécano. El conde de Villamediana se permitió presentarse en la Corte con una banda en la que unas monedas de a real bordaban la ensella o lema: «Son mis amores...» Nadia caía en la cuenta de lo que quería decir tal acertijo; pero cuando comprendieron que eran reales las mo-

nedas que formaban el letrero y que, por lo tanto, quería este decir «Son mis amores... reales», el rey Felipe IV que, según dicen, era amigo de las bellas artes, se escandalizó de tal modo por semejante retruécano inadmisible,

¡No hay hombres...! Tan sólo Don Manolo VI—; lo demás mujeres superferrol— (voz entre cortada se me puso allí)



SRTA. MATILDE VÁZQUEZ,
EN LA MUJER CHIC



“LA MUJER CHIC” EN EL TEATRO MARTÍN

que le entraron a él las reales ganas de soltarle un mandado que le mandara al otro mundo. Y así fué. Oh, lector, ¡qué Rey aquél! ¡Qué tiempos aquellos!

“La mujer chic...”, letra de Loygorri y Hernández de Lorenzo, música de Bódalo.

La opereta monstruo del Teatro Marfa anunciada tanto, tanto suspendí— la opereta monstruo de Loygorri y de Lorenzo y Bódalo se estrenó por fin. ¡Qué de pantorrillas en *La Mujer chic!* ¡qué chicas más grandes, todas ellas chif! ¡qué de bocadillos para el gran pick-nick! ¡qué grave peligro de contraer un tic nervioso-espasmódico con *La Mujer chic!*

(todo lo hablo a medias de medias que vi) Señoras vestidas... a medio vestir. Con tres cuartas... partes de lo que es precí— para hacerse un traje no muy comedi—, se hacen allí cuatro. Vayan por Martín y verán que fácil es la econcmí— de las vestimentas super femení.—

¡Ay Jesús, que chicas tan requete chic son todas las chicas cuando no se vis— ...! Vestidas, no tanto; es cuanto el modis— interviene, ¡malol pero ¿sin vestir? sin vestir se borra la cursilerí—! Ese es el secreto de la mujer chic.

MANUEL ABRIL

SIEMPRE SE EXAGERA

«Era Epaminondas Pérez un hiperbólico propiamente dicho?

Dislingamos.

Cuando Epaminondas Pérez aseguraba que era el mejor sobrecargo de la Trasatlántica, evidentemente era un hiperbólico propiamente dicho. Cuando a bordo reprendía a un marinero, diciéndole: «Te vi a está dando bofetitas hasta que se atontan los pese...», era también un hiperbólico en el m/s gramatical sentido de la palabra; porque, en el primer caso, le constaba que el mejor sobrecargo de la Trasatlántica era Iparreguirre, y en el segundo, sabía que a los moradores del líquido elemento no se les atonta por épicos que sean los fortazos que se le propiñen a un marinero.

En casos así, podemos asegurar que Epaminondas Pérez era el prototipo del perfecto hiperbólico. Más aún: la propia hipótesis hecha sobrecargo... Pero en presencia de Cachita Perales, Epaminondas Pérez dejaba de ser un hiperbólico propiamente dicho, porque Cachita Perales creía, no sólo realizables, sino ciertas, ciertísimas todas las hipótesis que flufan de los labios de Epaminondas Pérez. Así, cuando Epaminondas Pérez, amorosamente arrebatado al pie de la reja de Cachita Perales, ponía los ojos en blanco y murmuraba, trémulo de pasión: «¡Er día que tú no me quieras, me tiro ar Vesubio!» Cachita Perales veñale trepando

por las calcinadas laderas del volcán, hasta arribar al cráter encendido y desaparecer entre un demoníaco torbellino de chispas, lava y enrojecidos pedruscos...

El propio Epaminondas Pérez abundaba en la creencia de Cachita Perales y en el más lejano rincón del sótano de su consciencia, creía análogo de té cuanto la hipótesis le dictaba.

En estos momentos, por lo tanto, Epaminondas Pérez no era un hiperbólico propiamente dicho. Era el hombre capaz de hacer tangible el más peregrino supuesto y realizable la aventura más intrincada que pudiera soñar la humana fantasía.

Pero, ¡ay! que toda ilusión tropieza, a lo largo de su ruta en la vida, con el picudo y escondido escollo que la hace naufragar (Función).

Veamos cómo, que dice el Fleury.

A las cuatro de la tarde, pelaban la pava, Epaminondas Pérez y Cachita Perales, en la reja de ésta, entre otras razones, porque en Sevilla y en Palafreugell, hubiese estado muy mal visto que Cachita Perales fuese a pelar la pava a la reja de Epaminondas Pérez, supuesto irrealizable, porque la reja de Epaminondas Pérez alzabase en un tercer piso de la calle de Santa Paula.

Aquella tarde, flufen las hipótesis por la boca de Epaminondas con impulso de cataratas. A un «jeres más bonita que la Virgen de la Esperansa!»

sucedía un «¡si resusitase Pitágoras y aprendiese er doble de lo que sabía er tío, la vorría a diñá sin poé sacá la cuenta de los besos que ví a darle, er día que nos echen los garabatos!...»

—Pero, ¿de verda me quieres tanto chiquillito?—añelaba Cachita Perales.

—¿Tanto? Adán, yo y Eva, tú; ¡no tenía que sé flamenco ni ná er angello que balase a desahusarnos a nosotros...!

—¡Josú! Josú...!

—¡Ni Josú ni María, so resurrección de la cannel! Perdí tú en una isla en mitá der más emborrascado y a ocho-sienta miya yo, sin barco ni ná, a tu vera me iba a nado, gñanuya de mi arma...!

—Que siempre se exagera, Epaminondia...!

—¡Por mí selú que nó, Cachita de mi sangre...!

—Pero, ¿de vera sería tú cepá de hasé eso?

—¿Lo qué?

—Éso: crusé er má para buscarme.

—¿Er má? ¿Na más que er má? ¡Y sete-ienos mire arborotao con olas como rascacielo...! ¿Lo dudas tú, mi vida? ¿Lo dudas tú? ¡Yo veite a la Tonga ya yo mismo!

—¿Dónde me mandas tú, hijo?

—¡A la Tonga! A una isla polinésica que está a más de ¡jísimo y pome un continental na más que llegues pa que veas lo que tardo en tirarme al charco y en ¡a buscarle...!

—Ea, pue ya estoy en la Tonga. Abandonáste en medio de la má. ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? Pue que ya me he tirao yo al agua, y dejando atrá seis miya de cada brasá, he llegao a la Tonga y he matao tre tigre y me he comío un león y he pisao un cocodrilo y te he sacao de la cueva en que yoraban eso luserito de ojo y he cogío esa carita de ardo y ¡azmine y me la he...!

—¡Sécate primero, niño, que me va a poner perdía!

—¡Sangresial!

—Que ya está bien, Epaminondia! Oye, vas a vení a la noche?

—¿A la noche? Pero, ¿tú puedes creé que a mí me es posible estar sin aire pa respirá, arriba de cinco minuto? En cuantito que deje pa el arrastre la ensalá, en cuantito que me tienes aquí pa que me suelen a tu vera. ¡Alí Babada de mí corasón!

—¡Tonfísimo!

—Por tí, macarena!...

Y mientras se cerraba la reja y quedaba tres ella la enamorada mocita, iba el fogoso e hiperbólico Epaminondas Pérez camiro de su casa, soñando despierto que era una realidad lo de la Tonga y que allá iba él, mar adelante,



Dib. TIBI.—Madrid.

—Pero has visto qué cambios de temperatura? ¡Así se muere tanta gente!

—Con tal que no seamos ni tú ni yo!...

—Yo soy menos exigente: ¡con tal que no sea yo!...



Dib. RAVIÑEZ.—Madrid.

EL.—¡Y que no vuelva a verte rodeada de imbéciles... ¿Lo entiendes? ¡Todos los que te hacen la corte son unos idiotas!

ELLA.—¡Idiotas! ¡Tú no has sido siempre de esa opinión!

nadando incansable en titánica lucha con las embrevicidas olas y apartando a patadas los feroces monstruos acuáticos que se le ponían por delante...

—¡Cuidado, joven, con el manoteo, que por poco me salta usté un ojo!

—¡Creí que era un liburón, señora.

—¡Grosero!

—¡Atísal!

Y tras varios incidentes parelos hijos de la fuerza de la fantasía hiperbólica de Epaminondas, logró éste llegar a su morada sin más detrimento que el

moral, producido por unas cuantas inactivas de los atropellados transcuntes...

Una hora después, Cachita Perales, en su reja, distraía las impacencias de la espera charlando con su hermanita pequeña. La noche sevillana, llevaba hasta las mocitas vaharadas de los naranjales del parque.

—Pero, ¿te quiere tanto, Cachita?

—Tú no sabes, nena. Ya lo sabrás, ya, cuando sea mayó y tengas la suerte de tropezá con un hombre como

Epaminondas. ¡Eso e queré! Mira: si yo me fuese a la Tonga...

—¿Qué dise, hermana?

—La Tonga e una isla que está muy lejísimo. Bueno, pue si yo me fuese a la Tonga y estuviese en peligro, iría Epaminondas a buscarme, ¡a nadó!

—¡Iosó!

—A nado, a nadito; con un brasito detrás del otro... ¿Eso e queré?

—Si iba...

—¿Como que si iba? Pero, ¿va a dudarlo tú, nena? ¡Vamo, que si iba! Si tú le hubieses visto cuando me lo desía... Se le saltaban los ojos y se le congestionaba la cara como si ya le hubiese escrito yo desde la Tonga...

—Qué me alegro yo, hermanita, de que te quieran así... y dame un beso que voy a salir a dar una vuelta con las vecinas.

—Pue, llevarse el paragua, porque me parese... ¿No lo dije? Nube tenemos. Fílate qué gotas...

—¡Bah! Nubesilla de verano, pasa pronto. Hasta luego.

—Adiós.

—Que te diga muchas cosas bonitas Epaminondas.

—Toas las que sepa y las que haya aprendido esta noche... Adiós, chiqui-ya... Y que parese, que tarda Epaminondiyá... No. E la impaciencia que yo tengo. Que no se habrá filao en que lueve hasta está en la caye y habrá tenio que vorvé por el paraguas... Sí, eso e... o que estará buscando en sus libros cosa bonitas para desirmela luego a mí. Porque, ¡cuidado que sabe cosa bonitas! Eso de la Tonga lo tiene que haber leído en algún sitio... No, y que lo desía de verdad, se le notaba... ¡Vaya si lo desía de verdad!... No había más que verle... Con la rabia que lo desía, ya me estaba yo viendo en la Tonga, en una cueva meña, oyendo el bramio de las olas y el rugio de las ba llenas, y llegaba Epaminondas chorreando agua, toito ensangrentao y con la ropa hecha girones y me desía...

—Señita Cachita...

—¿Eh? ¡Ah! ¿Ere tú, Mostasilla?

—Yo soy, señita Cachita.

—Y ¿qué te trae por aquí, hilo?

—Que vengo a darle a usté un mandao.

—Po venga ya. ¿Qué e?

—Don Epaminondas, que no púe venir.

—¿Qué dise, niño? ¿Le pasa algo?

—Na, no se asuste usté. Que me ha mandao subí a su casa y me ha dicho: dise: «Mira, Mostasilla, végate a la reja de mi novia y dile que no me atrevo a salir, porque como ha empezao a llové y ya sabe eya que yo soy una majalita reumático...»

Epaminondas Pérez, ¿era un hiperbólico propiamente dicho?



Dib. ALFARAZ — Madrid.

—¡Recochino! ¡Remarrano!

—¡Pero mujer, si es una gotera!

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



EN EL ESTUDIO DE GOYA

Dib. SAMA. —Madrid.

—Pero, Goya; ¿cómo se le ocurre pintar los fusilamientos del 2 de mayo, si aún faltan ocho años para que sucedan?
—¡Ah! Es que yo soy futurista.

ALREDEDOR DEL AMOR

LA MALDAD FRENTE AL MATRIMONIO

«El hombre es el animal más estúpido» del Universo.»
Lafontaine. (Grillo segundo.)

El matrimonio es una imbecilidad del tamaño de una ballena inflamada. Confío en que nadie se decidirá a negarme lo expuesto, y si alguien se decide, juro desde este momento que quien lo niegue es incontrovertiblemente idiota.

El ser humano ha dado infinitas

pruebas de anomalía, tales como bailar *La Japa*, comer rosquillas, escribir dramas sociales y usar zapatos de punta estrecha; ello es indudable, pero ninguna de estas cosas —con serlo tanto— sería muestra de anomalía absoluta, si el hombre no hubiera ideado otra superior a todas: el matrimonio. Esto lo saben ya hoy hasta los vocales del Directorio.

¿Es preciso plasmar los trescientos

veintidós mil aspectos imbéciles que el matrimonio ofrece? No. Detengámonos en uno sólo de estos aspectos: la boda.

Hay personas que acuden a las bodas con una alegría frenética, como si se dirigiesen a un festejo o a la escondida gruta de la felicidad. Por mi parte, las bodas me dejan tan triste como los eñeños y las verbenas.

¿Puede existir una causa lo suficientemente poderosa para que unos cuantos palmazos se reúnan para presenciar cómo dos semejantes firman un acta de desgracia infinita? La sana razón niega. No debe existir esa causa. ¿Es piadoso que los susodichos palmazos rían y celebren la ciega debilidad de un hombre y una mujer que se disponen a pasar rabiando el resto de su vida? No es piadoso. Por el contrario eso es impío como Torrabiano (1).

Tan odioso proceder patentiza una vez más la maldad que encierra el corazón del hombre. Si los invitados a una boda dan señales de tal regocijo es porque, en el fondo, la humanidad se odia y, una vez más, la desdicha de uno provoca la felicidad de los otros. Ante un nuevo matrimonio, los solteros piensan con fruición: «¡Qué gusto! Estos memos acababan de hacerse cisco la vida, y yo, entretanto, sigo viviendo libre como Casanellas». Y los casados se dicen con una fruición más grande: «¡Eso, eso, casarse! Así no soy yo sólo el que se reventará... ¡Viva Forain!» ¿Y esto no es la propia expresión de la maldad? Lucifer no procedería de otra manera.

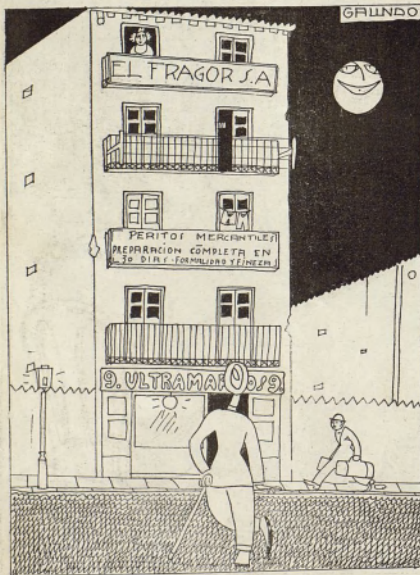
En las bodas de los aristócratas —aristócratas por el nacimiento o por el talento— esta maldad se vela con los tules de la educación y de la delicadeza. Pero donde surge clara y brutal es en las bodas de los demócratas, en «las bodas de café».

Los invitados se entran atropelladamente, empujándose y dando fuertes risotadas; casi todas las mujeres llevan manilla y están pidiendo a voces una puñalada con ribetes de descuartizamiento. Se instalan ocupando más mesas de las que necesitan y llaman al camarero con una prisa de vértigo, como si no hubiesen comido desde la batalla de los Arapiles. Piden café, piden chocolate, piden bizcochos, piden bollos, piden tostadas, piden picatostes. Siempre hay uno que grita:

—¡Me voy a hincar!

Y en seguida se ponen a hablar alto y nos enteramos de que la novia dijo

(1) Porque resulta que Torrabiano es impío. ¡Pícaro mundo!



Dib. GALINGO.—Madrid.

—Papá dice que no puede ser hasta que cambies de posición, porque nosotros estamos ahora de lleno en la alta sociedad.

«Si» decididamente y de que el novio se «azaró» mucho al decirlo. Entonces entra el padrino: suele llamarse don Eugenio; tiene una cara de bruto que llena de estupor; los invitados le ovacionan.

Su presencia da tal seguridad a todos que en aquel momento comienzan a pedirse bocadillos de jamón y de anchovy.

Don Eugenio dice una vaciedad y al coro la celebra con grandes risas.

—¡Ea usted un hacha!

—¡Su padre de usted!

—¡Pa haberse ahogado...

Aprendan los saineteros; esta es la gracia del pueblo y no otra.

Entran los novios; ella es más fea que él; los dos conservan abierta la boca, asombrados sin duda de su propia estupidez. La concurrencia cae sobre ellos, con las palabras del peor gusto y las bromas más groseras.

Mariano —siempre hay un invitado que se llama Mariano— inicia la serie de vivas; responden todos y pronto los vítores se transforman en una letanía insostenible. Los novios son el lugar geométrico de todas las necesidades que aquellos cerebros de asfalto van imaginando. Llora intolerablemente un niño de pecho y nadie se decide a sentarse sobre él, método infalible para lograr un silencio encantador. Se rom-

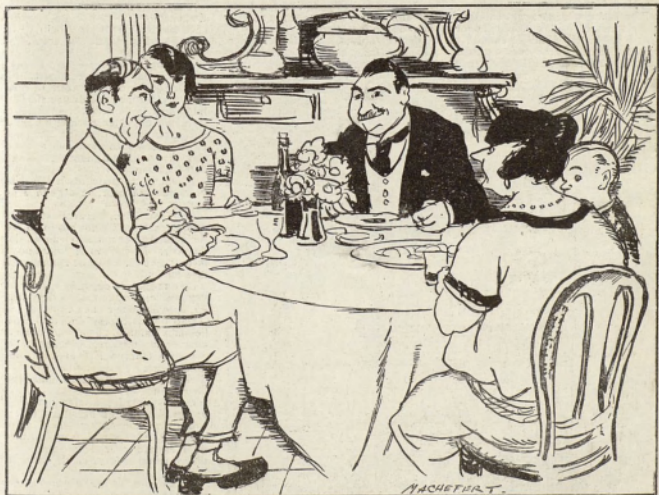
pen veintiséis copas y dos jicaras. El camarero pierde la paciencia y el paño de limpiar las mesas.

Por fin todos desfilan. Se repiten las bromas socas; don Eugenio queda solo, ajustando la cuenta y acaba regañando con el camarero.

En la calle, todos se van despidiendo de la novia, que lleva ya la corona de azahar apoyada en la punta de la nariz. Ella hace reír brutalmente a los invitados y ella sonríe, agradeciendo las risotadas. Es el día más feliz de su vida.

¿Pero no habría sido preferible que se hubiese muerto al nacer? Yo, creo que sí.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. MACHEFERT.—Mallorca.

—Al morir Alvarez dejó todo lo que tenía a un esilo de huérfanos.

—¿Y qué dejó?

—Pues, doce hijos.

LA CÉDULA PERSONAL

Como la fresa, la cédula personal es un fruto de la primavera. Ya en este tiempo se empieza a hablar de ella, aunque nadie haga caso y lo deja para último.

Pero todos sabemos que ha de llegar un día en que en la ventanilla de una sucia oficina nos entreguen el papel, coloreado levemente, a cambio del dinero que se nos pida.

Vista como impuesto, la cédula personal es uno de los impuestos más saneados. Ahora bien; como documento de identidad es lo más inútil que se ha visto.

Como quiera que puede ser transferible y, sobre todo, que cada uno puede hacerla a su gusto, con los datos que diga, siempre produce la cédula un aire de desconianza.

Bien está que los Bancos, entidades independientes, no le concedan importancia ninguna, y pidan en cambio el conocimiento y no sé cuántas cosas más. Lo terrible es que las oficinas del

Estado le dedican el mismo desdén. La cédula personal no tiene valor en más ventanilla que en la de los arbitrios.

No hace mucho, y aunque lo hiciera yo lo recordaría siempre, me enviaron de provincias una agradable cantidad de pesetas por Giro Telefónico. Yo no estaba en casa, y esto desagradó al empleado que, por no farse, sin duda, de los individuos de mi familia, se volvió a llevar el dinero y dejó un papelito.

Al día siguiente, con el corazón inundado de alegría y con dos compañeros de fatigas, acudí a la oficina de Telégrafos.

Nunca como aquel día el Palacio de Comunicaciones me ha parecido un monumento arquitectónico tan bello, tan armonioso. Me explico la admiración de los forasteros.

Reía el sol en todos los cristales. Una bandera, en lo más alto, se desmenuzaba al aire.

Salué a todos los empleados de todas las ventanillas, comunicando a todos mi alegría. Por último, me acerqué a la ventanilla y dije, resueltamente:—Aquí hay dinero para mí. No intente negármelo.

Por si pretendía embaullarme, le enseñé el papel que lo justificaba todo. El empleado permaneció indiferente y se limitó a echar una ojeada al papelito. —[Eh! ¿Qué dice usted ahora? ¿Ve como era verdad?]

—Necesita usted acreditar su personalidad.

Yo creí que ya mi personalidad estaba suficientemente acreditada; pero por no discutir saqué la cédula personal que hasta entonces tuve siempre por un documento contundente.

—Eso no sirve. ¿No tiene usted otro documento?]

Saqué el carnet de Socio de un Circulo, el recibo de una suscripción de *El Imparcial*.

—No basta, dijo.

Entonces fui amontonando todos los papeles que podían servirme de documento: el certificado de la vacuna, veintidós tarjetas de visita, tres cartas dirigidas a mí, doce retratos de los de 0.60 cts., una entrada de los toros, cuatro pesetas en plata, un billete de tranvía, un tomo de las obras de Diderot, un bastón...

El empleado permanecía impasible y, lo que era peor, se negaba a pagarme.

Gemí, supliqué, me arrastré por los mármoles del espacioso vestíbulo. Todo inútil. Aquel empleado tenía un alma de piedra. Ni cuando le rogué por la memoria de su madre se conmovió lo más mínimo.

Lo que sucedió después, lo recuerdo vagamente, porque estaba desvanecido, apoyándome en una columna.

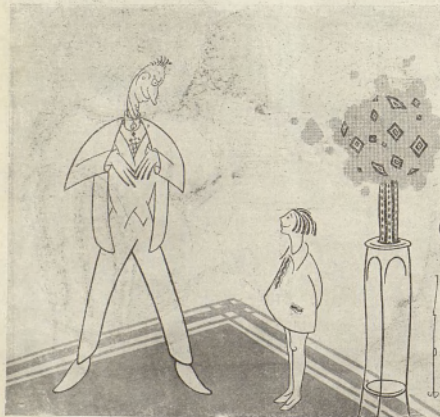
Uno de mis compañeros de fatigas, llamado Antonio, corrió a buscar a un amigo suyo que era, a la sazón, empleado de correos. Este probó empleado se avino a reconocer mi personalidad, que estaba hecho un guineo en un rincón.

Cuando tuve las pesetas y me dió el sol en la frente, recobré el sentido.

Desde entonces, la cédula personal, ese documento que ni el mismo Estado reconoce y por el que se nos saca dinero como si fuese válido, me causa náuseas.

Yo siempre he hecho trampas para pagar la cédula más barata. Este año, tengo un proyecto mucho más brevísimo, que concebí el día del giro telefónico. No se lo digan ustedes a nadie. Este año no voy a sacar la cédula.

Les aconsejo que hagan lo mismo. No sirve para nada.



D. G. G. —Madrid

—¿Y tú, qué preferirías que te trojeran de París, un hermanito o una hermanita?

—¡M'jor una pelota de futbol.

José LÓPEZ RUBIO

DEL BUEN HUMOR AJENO

VIAJE A NIZA

POR JULES RENARD

Valencia.—Desilusionado ya: ¡ni una naranja a la vista!

Arlés.—¡Ah! ¡Una moscat!

Marsella.—La tercera ciudad de Francia, cuando yo estaba en el colegio. ¡Cómo he crecido desde entonces!

Tolón.—Mástiles, bosques de mástiles y ni un sólo relajo al final. Llego demasiado tarde. La fiesta ha terminado.

Los grandes barcos de rojo sobre pasean su incendio sobre el mar.

Cannes.—¡Oh, tío, pata de elefante vestida de conchas de peregrino, porta navajas, modelo de tubo de chimenea, plumero, palmera, salud!

Antibes.—Monsieur de Villemeursant, el fundador de *El Pigaro*, hizo construir la vasta y magnífica villa «El Sol», con idea de que sirviese de retiro a los escritores.

Pero, en realidad, se ha convertido en un hotel.

De todas maneras no se impide habitar en él a los escritores.

Niza.—¿Cómo encuentra usted Niza?—dice el francés con una sonrisa internacional.

—Hay demasiados franceses—responde el inglés.

Mónaco.—En el vagón. ¿Qué es lo que aquel noble extranjero va a extraer de ese saco tan largo? Quizá sea alguna persona de su familia pasada de contrabando.

He olvidado preguntar el precio de la habitación que ocupo. ¡Vaya un cuarto! Me van a pedir mil francos por noche. Imposible dormir.

Todos los días, de dos a cuatro, puede verse a Alberto I llevando sobre su simpática cabeza la corona de príncipe y la de hombre de ciencia, abrir las ventanas de su viejo castillo y escupir—dice Pablo Bocage—fuera de sus estados, por encima del feliz pueblo monegasco que no paga impuestos.

Monte Carlo.—Yo juego en Monte Carlo. Y hasta gano. Y cuando recojo

la ganancia, sonrío al croupier. Pero el imposible trastrullador no se digna devolverme mi sonrisa. Podría, sin que se conmoviera, saltarme la tapa de los sesos.

Tiro de picción.—Se abre una caja, vuela un picción y cae desrozado. No sabía Mitología suficiente para quedarse quieto, como la Esperanza. Un perro acude y con su hocico lo remata concienzudamente. A quien no se ve es al hombre que lo ha matado. Se oculta y hace bien. ¡Qué disparate! Es tan bonito como el puñetazo de un borracho sobre la boca de un niño.

La Cornisa.—Mirad aquellas dos barjuichuelas sobre las olas. ¿Quién ha perdido sus zapatillas sobre el mar?

Menton.—Cinco minutos de parada. El tiempo de clavar mi bastón en la tierra. A mi regreso lo recogeré y,

¡asombro!, mi bastón se habrá convertido en un arbolito cubierto de tiernas ramas engalanadas de hojas.

Las muchachas de aquí no se comen los limones. Pero se ejercitan en llevarlos en pesados cestos sobre su cabeza. Para que el limón no se caiga nunca, les basta con andar siempre bien derechas.

De aquí su estatura y su virtud.

Ventimiglia.—Mi reloj, que iba bien antes de la frontera, retrasa cuarenta y siete minutos. Un viento hostil y unos muchachos, pagados por la Triple Alianza, me soplan y me gritan por la espalda. Un telegrama que me hubiera costado cincuenta céntimos en nuestra bella Francia, me cuesta aquí más de tres francos. No insisto. Conozco Italia. Una mirada suprema a las nieves eternas, y reventado, llenos los ojos de balnearios, retorno a mi casa.

A. H. R.

De
Weebli Telegraph
Londres.

El f moso atleta sale para el campo con obj to de hacer ejercicio y entrenarse para la campaña de invierno.



CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Gáude. — Intentarémos, con todas nuestras fuerzas, aprovechar alguno de los cinco dibujos con que nos ha llenado usted de honor y de admiración.

Reche. Irán. — No sirven sus permitas, o por lo menos no sirven pero lo que usted quería que sirviera.

LEGRES FOTOGRAFÍAS
CURIOSAS

Sortidos inusuales, 5 y 10 pías.

Otro o se los:

Agencia artística LUX

APARTADO 126 MADRID

Aragón. Zaragoza. — Sírvase enviar su nombre y dirección para publicar en momento oportuno su artículo.

C. M. — Eso tan triste, no es para leerlo en nuestras páginas. Es para renegar de la vida y pegarse un tiro por el procedimiento más rápido y seguro.

Felicidad ya se sabe

no existió, do no hay amor,

ni higiene en la boca cabe

al del Polá no hay Licor.

Nos han dejado fríos. — Los dibujos de Rob. J. Ciudad, Pedraza, Correlle, R. Piquer, Max Fuster, Codes Cadena, J. Luis Fernández, y Aznar. ¡Pero que estamos tirando, señores!

P. M. S. San Sebastián. — Es usted un bestia o porque aunque usted no esté conforme. Que si lo está, viéstele el empuño conculcado que pone usted en demostrarlo.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

Abel. Madrid.

En su artículo cruel insulta a Sevilla Abal en términos muy villanos. ¡Pues bien, que los señillos se les compongan con él! Porque nosotros, ¡ni hablar de eso!

A. I. Madrid. — De sus tres trabajos enviados, aceptamos dos para su publicación. La visita de pesa-

me es el no admitido. Son muchos nombres rusos y tenemos mucha lástima de nuestros calzas.

A. M. O. Barcelona. — Edo de Las cuatro tías son cuatro meladerías.

A meladería por barba, suponiendo que las susodichas tías no se de rien cuidadosamente.

Gigacoso. — ¡Que te crees tú esol

A. P. P. Madrid. —

Sus vercos son una lata

en seante y tres rempiones.

¡Tiene usted más ma a pala

que el conde de Romanones!

usted puede decirlo a gritos en la Puerta del Sol o dar una conferencia en el Alhambra con ese fin, que nosotros no nos opondremos a ello y hasta es fácil que asistamos para aplaudirle calurosamente.

E. J. A. Madrid.

Su artículo *Idilio Infausto* es co-hino y es brutal.

[Nuestro público es muy casto y le sentaría mal]

Tan mal por lo menos como le va a sentir a usted, a noticia de que el artículo en cuestión no nos ha resultado; pero, amigo, no le queda a usted más recurso que enjugar sus lágrimas y conformarse con su triste suerte.

Algarra. Garro. — Su dibujo es una verdadera y exculpadora heladumbre, cuya primera víctima ha sido el sentido común. ¡No se ha

acaba de aparecer en el literario pañuelo:

¡Murio la bien amada

echada en una dura

de trágico hospital!

¡Hay, y no queda nada!

¡Perdita la silvestra

al reino celestial!

Lloré sobre sus restos

con lágrimas ardientes,

¡Y feroces denuestos

e insultos ¡ehem! ¡ehem!

arrriba dirigí!

Y diga usted: ¡no bledo nadie de arriba a darle a usted un escafrazo certero y decisivo! Por, e lo merecía usted por l a denuestos, por los insultos y principalmente por los vercos. — Cree usted que he leído una suerte loca.

Astarot. Madrid. — Eso es más

viejo que el mundo maldito.

R. B. F. San Sebastián. — No tiene gracia.

Lee usted "Vida Madrileña"

Anuncie en "Vida Madrileña"

Oficinas Puercarral 66

Director: DOZ DE LA RO

Cleo de Medina. Barcelona. — Cleo que usted har a muchísimo mi, le dedicándose a las labores propias de su retrechero sexo.

Rosendo. Madrid.

¡Rosendo! ¿Qué estás haciendo

un clásico cuplé. [407-

Y hoy, su artículo eyendo,

no he terminado niando.

¡Av, Rosendo! ¿Qué ha cho usted?

E. L. P. Madrid. — Está escrito el

estilo de Zulueta, pero, por tanto,

se va usted a ver negro para que lo

publiquemos.

A. Dáno. Granada. — Su último

dibujo no tiene más inconveniente

que el haber sido ya publicado

veros (y uno de ellos en Buen Humor)

con el mismo chiste y con el

acento. Hay que aguzar su

poquillo el ingenio, majestuoso

amigo.

E. G. S. Madrid. — Incongruent

y algo venadito. Párguese y se

despejará.

ALBERTO RUIZ

JOVENIL. — CARRETERA. 7

Paseos de pedida.

A la presentación de esta a

no, se desconta el 10 por 100.

Dux. — No nos sirve su magnífico obra de arte, a ciencia, no entendemos el chiste, a pesar de los cincuenta y tres mil atléticos esfuerzos que hemos realizado para comprenderle.

Trocoso. Po-tuelo.

Caras, qué ibidinosos

es el amigo Trocoso!

VELLO
DESAPARECE
INMEDIATAMENTE
CON EL
DEPILATORIO
GVIDOR
INOFENSIVO E INODORO
Estuche, 6 pesetas
VELLO
AGILES Y JUVENILES
PROPORCIONA
EL
PÉDILUVE
GVIDOR
SALES MINERALES PERFUMADAS
Estuche, 3,75 pesetas
EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS
Cancionario: PEDRO SUÑER. — Sicilia, 29, BARCELONA

Bombita V. Sevilla. — ¡Hemos

decido mandarle a usted los tres

aviso y echar su cuento al corral,

sin más anécdotas!

A. P. Madrid. — Eso de que

Cherchito, el joven, sólo puede

decir, en sus columnas *Néstor*

O. López a quien hemos concedido

la exclusividad por cinco años. Pero

fiado usted en que al guardarle le

haga una maso? ¡Pues bien! ¡So-

lamente le pedimos a usted la maso

del guardia, bien entendido que con

esta petición yo daro no sus com-

prometemos a nada!

C. C. O. Valencia. — Copiamos el

final de su poema para que el pú-

blico juzgue de la clase de bardo que

Agua RADUM
TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —
CORTÉS, HERMANOS. — BARCELONA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, al cual lo advierte el Intercedido. En el sobre Indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

En condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido

al siguiente chiste:

- Oye, Adelina, ¿eres la mayor de tu casa?
- No, señor; tengo otra hermana.
- Y a tu hermana, ¿quién la sigue?
- Un cabo de Ingenieros.

Antonio Cura Pajares.—Melilla.

—¿Cuál es el colmo de una manícur?

—Hacer las uñas a una mano de carbón por de Buen Humor.

Ricardo G. Besses.

En una papetería.

—Deme una rema de papel confitero.

El dueño del establecimiento, que le felle un brazo, responde:

—Es imposible, sólo tengo una mano.

José María.—Algeciras.

Diálogo.

—Pero, ¿cómo se parecen?

—Figúrate si serán iguales, que al su misma madre los distingue.

A uno menos mal, porque tiene un

unar en la cara, pero, ¿y el otro?

Navidad Penélope.

En la catedral.

—Prefiero.—El exigente, señorita,

sí es el cual no podemos vivir, ¡ah!

descubierto hace un siglo.

Un alumno.—Pues entonces,

¿cómo se vivían antes?

C. Porriño.

En un café.

El camarero.—Caballero, esta

moneda que usted me da es un

peso filipino.

El cliente.—Ya lo sé, pero lo hago

para quitarme un peso de encima.

Francisco Gironas.—Barcelona.

En el cuartel, donde el sargento

explica a los soldados el funciona-

miento del faxi «Remington».

—Aquí tienen ustedes el obtura-

dor, llamado así, «que obtura y

pi, en el ore...», amalo de esta

manera, para «recibir dar siem-

pre en el miso alito».

Don Deseos.—Ciudad Lineal.

—¿Cuál es el colmo del Monumental

Cineas?

—Que mida las cintas cinematog-

ráficas con el metro.

Sotillo.—Sevilla.

Entre muchachos.

—¿Viste murio Sancho II?

—No sé.

—Pues en una portera de fútbol.

—¿Por qué?

—Porque murio en el «stilo de

Zamora».

Perico Aromacor.—Madrid.

Llovía a marea y un borracho

atravesaba la puerta al Sol.

El sereno le dijo:—Compadre,

quiero antes más hac a etras que ha-

cia adelante. Si continúa a ese peso

dado que llegue a su casa

Es verdad que ando más hacia

atrás—respondió el borracho—,

pero ya sé la causa.

—Y yo también; es por haber be-

rido demasiado.

—¿Qué, no es así?

—Pues qué.

—Que he comido muchos can-

greños.

Piñuelo.—Madrid.

—¿Cuál es el ave que nos hace

dar más vueltas?

—El ave-rinto.

A. Izaguirre.

Dos labradores estaban hablando

del tiempo y uno de ellos dijo:

—Como siga lloviendo caído

dras más, ve unido a ver, lo Mis-

erere, cómo renace todo cuanto está

debajo de la tierra.

—¡No lo remite Dios!—replicó el

otro.—¿Que tengo mi suena en-

terral?

Yo.—Valencia.



GRAN VIA, 18
JUQUETES
COCHES DE NIÑO

En la calle.

—¿Quiere usted comprar un

bati?

—Y yo, ¿para qué lo quiero?

—Para guardar la ropa.

—¿Y quiere usted que vaya por la

calle en cueros?

Sanfiego Santencru.—Madrid.

Un borracho se cae desde un ferc-

cito al la calle.

—¡Afortunadamente, aunque atudi-

do y algo asqueroso por el golpe,

no tiene herida ninguna.

Varias personas certativas se

apreciaron a levantarse y prodigarle

sus auxilios.

Una de ellas le da un vaso de

agua.

—¿Agua?—exclamó el borracho

lleno de ira.

—¿De qué piso es necesario cer-

se aquí para que le den a uno un

vaso de vino?

Tili.—Madrid.

El colmo de un dentista.

Poner una dentadura en la boca

de un tñel.

Isidro Velasco

Carabanchel Bajo.

Entre amigos.

—¿Que desgraciado es Latorre

con su mujer? Siempre en rifa,

siempre discutiendo!

—Pues parece virtuoso.

—Virtuoso, has dicho? Esa mu-

jer es una vieja.

—¿Por qué?

—Porque siempre que discuten

siempre que quedar ella por encima

de Latorre.

Pastonte.—Zamora.

En la peluquería.

Dos clientes discuten sobre la

autonomía de los pueblos.

El maestro, dirigiéndose al que

habla en «otro».

—No sea usted atrevido; eso de

la anatomía nos conviene a todos.

Jesús Álvarez.—Bisao.

Encuéntrase dos amigos y uno

de ellos le dice al otro:—Estoy con-

venido de que no se puede hablar

mal de nada; todo lo que me se ha-

bia «ca» encima.

A lo que el otro, que no tenía más

que lo puesto, responde:—Eso no

es cierto; yo me he llevado todo el

invierno hablando mal de los ari-

gos y no me ha caído encima nin-

gún.

Francisco Silva.—Sevilla.

El marido. Estoy desoreado.

Tu madre me hace imposible la

vida.

La mujer.—Desgraciación, amor

mi, ¿que poseen de la casaca, y,

por tan o, deben tener igual número

de sogras.

El marido.—Yo bien quisiera im-

itarlos, pero ¿cuálquiera hinc a

diénte a mi mamá política!

A. Noguera.—Palma.

Muere la suegra dejando a la hija

desconsolada.

—Vamos, mi-er, cálmate—le dice

el marido.—Todos llevamos el mis-

mo camino. Además, tu madre ya

tenía su edad.

—Sí; pero ya sabes tú que... ¡a

siempre me laezaba a los chí-

cos!

—Eso lo decía, mi-er, para hacer-

me a ti ablar.

Evaristo Romero.

El.—¿Cómo me gustaría tener

siempre tus manos entre las mías!

Elle.—¿Si, mi-er, ¿para qué?

El.—Pero que no toques nunca

el piano.

Díaz de Herrera.



A la mamá de Juanito le han regala-

do una bandeja de conservas.

La cría, sorprendida al niño com-

minólas.

—¿Que haces niño?—le regaña.

—Tomando los consejos de mi

mamá.

Antonia Pérez.—Madrid.

—¿Cuál es el colmo de los presi-

darios?

—Declararse en huelga y «charse

a la calle.

Eliando Rodríguez.

Tetfisi (Melilla).

En la portería

—¿Qué un joven y preguntas:

—¿Qué Luis Delgado?

La portería (con jornal).—¿Mira

que preguntar al Luisito está deli-

go y pesa ocho a rubos!

Eseceda.—Madrid.

En la plana de anuncios de un

periódico.

—¿Que pruebe que mis pastillas

contra la tos son perjudiciales a la

salud, recibirá gratisamente tres

cajas.

Krik.—Azcoffite.

—¿Cuál es el sanio que no tiene

naturaleza al vecinda?

—Santo Tomás, porque en todas

perlas dicen de aquí no

Salvador G. Gutiérrez.

En un examen de literatura.

El cate-rático.—¿Conoce usted a

Homero?

El alumno.—No, señor; apenas

saigo de casa.

Medastino.—Zaragoza.

La visita del médico

—¿Qué tal la Nochebuena?

—¡Queer do-í!

—La pasó usted con dolores?

—No señor, mi señora se fué al

pueblo a pasar las Pascuas con sus

padres.

Carlos Alférez.—Madrid

TES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.



— Mi madre dice que encontró una mosca en el pastel que usted le vendió ayer.

— Dijo que lo siento mucho, pero que no se ha perdido nada. Que me devuelva la mosca y le daré una grosella en su lugar.

(De The Bulletin, de Gldney).

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

INDRA PERLA

LA CASA MÁS SURTIDA

AL TODO DE OCASIÓN

FUENCARRAL, 45



LIBROS PARA REIR, DE LUIS ESTESO

A 1 eta. Tres novelas alegres. 300 chistes nuevos. Para que rían las mujeres. Animas caseros. A 2 p.as. Chistes y curules, 30 cosas. Chistes malos y de cabecera, 400 cosas. Cincuenta monólogos verdes. Conferencias, parodias y humorismo. La sala del crimen y La que todo lo dió. Novelas. Teatro fácil. 16 comedias. 4 pias. La vanagloria, novela. La huida, novela. Novelas y monólogos escogidos. Viajes por Bayajá. Pedidos: LUIS SANTOS Carreteras, 9, Madrid. Envíos contra reembolso.

ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagándola espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.

Hay ascensor.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijen siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestar ni perjudicar por el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y fina envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojicez, manchas, rosarios granitos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelitero Belleza Vigoriza el cabello y le hace renacer a los caídos, por rebeldie que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el savor de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o enviciados lozanía y juventud. Especialmente preparado y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO. LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que pueden perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los berberiscos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quims.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Havana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR

BON
1925



Dib. B.O.N.—Madrid.

—¿Tomaremos champán, amor mío?
—¡Champán para los dos!... Si fuésemos por lo menos media docena.

Ayuntamiento de Madrid